quedado en otros libros? Casi se puede afirmar que nada. En este sentido, pues, deben considerarse los personajes citados como bienhechores de la humanidad, ya que quitaron de en medio tanto inútil quebradero de cabeza.

VIDA DE LORD BYRON

POR EMILIO CASTELAR (1).

ON el título general de *Semblanzas contemporáneas de los personajes más célebres del mundo en las letras, las ciencias y las artes*, sabía yo que se está publicando en la Habana una colección de obras, debidas á la fecunda y elegante pluma del señor Castelar, é impresas por una Sociedad editorial, á cuya cabeza parece que está D. Alejandro Chao, hermano de D. Eduardo, tan conocido en la Península entre los más notables corifeos del partido político dominante.

Aún no había visto yo ninguna de esas vidas, retratos ó semblanzas, cuando cayó en mis manos la de Lord Byron. La belleza y el esmero de la edición me sorprendieron desde luego agradablemente, pues no desconozco las dificultades con que hay que luchar en la Habana por la rareza y carestía de la mano de obra. Bastóme, pues, ver

(1) *Revista de España*, noviembre de 1873.

un ejemplar de este libro para aplaudir el buen gusto, acierto y perseverancia del Sr. Chao y de sus compañeros de la *Propaganda literaria.*

Aun antes de leer la *Vida de Lord Byron*, aplaudí también la conveniencia y bondad de la elección, así en el asunto como en el autor de la obra. Nada más á propósito para aficionar á las letras á los entusiastas y poéticos americanos que este género de pinturas, trazadas á grandes rasgos por el pincel rico y fácil del más florido y brillante de nuestros oradores y de nuestros prosistas.

La publicación, en su conjunto, me recordaba otra algo parecida del famoso Lamartine, con quien el Sr. Castelar tiene él mismo no poca semejanza.

Con prevención tan favorable, leí, casi devoré, la *Vida de Byron*, que atrae, seduce é interesa en extremo; y esta lectura vino á confirmar mi preconcebido juicio. La amplitud y cadencia rítmica de los períodos, la pompa y sonoridad de la frase, el exuberante florecimiento de las figuras y lo fértil y hermoso de las descripciones, ejercen un hechizo singular en el alma. Quinet, Pelletan y otros franceses, autores de prosa lírica, me pareció, y no creo que el patriotismo me engañase, que eran eclipsados, en este arte de escribir, por mi ilustre é inspirado conciudadano.

El lector, en esta obra, no digo que vea á Lord Byron tal como fué; pero le ve tal como debió ser fuera de la realidad impura: transfigurado, iluminado con el resplandor de todos sus héroes, Sardanápalo, Manfredo, Lara, el Corsario, el Giaour,

Childe-Harold y D. Juan, fundidos, como en ardiente crisol, en la fantasía poderosa, forman una amalgama con la cual ha forjado Castelar el ídolo del poeta, mostrándose no menos poeta que su ídolo.

Un autor extranjero acaba de calificar de elocuencia asiática la elocuencia de Castelar: yo creo que pudiera calificarse mejor de elocuencia intertropical y americana. Su brío, su espontaneidad, su viciosa lozanía nos transportan, como por ensalmo, á una selva virgen del Brasil ó de Cuba, llena de ingentes árboles de verdura parenne, de gigantescas y multiformes orquídeas y de enredaderas parásitas, que visten la desnudez de los robustos troncos, y los enlazan con festones y guirnaldas; donde cantan los sabiás y los sinsontes; donde los colibríes y las mariposas, flores con alas, esmaltan ó bordan el aire, como si fuese el manto nupcial de la primavera, y donde las luciérnagas y los cocuyos iluminan por la noche la frondosa enramada, compitiendo con la luz de las estrellas y con el fulgor misterioso de la luna.

Debe de ser inefable el efecto producido por uno de estos libros del Sr. Castelar, si son todos por el estilo de la *Vida de Lord Byron*, en el alma de una doncella ó de un tierno mancebo cubanos. Yo me los figuro tendidos en una hamaca, en el seno de aquella feraz naturaleza, tan en armonía con la feracidad del autor, leyéndole, saboreándole y comprendiéndole mil veces mejor que nosotros. No me admiro, pues, de la popularidad extraordinaria de Castelar en América: me admiro

de que no sea más popular todavía. Lord Byron debe aparecer allí como un Dios, tal como Castelar le describe, y Castelar, que crea este Dios, como un sujeto no menos divino.

Allá, en edades remotas, todo varón ilustre que descollaba, era idealizado por la fantasía popular, que tejía su leyenda y le convertía en personaje mítico ó en héroe épico. Aun antes de su nacimiento, empezaban los milagros y los signos á presagiar su grandeza. Bajo la forma de dragón alado, de blanco cisne, de rayo de luz ó de lluvia de oro, intervenía la divinidad en su concepción. La madre tenía sueños fatídicos mientras llevaba en su seno el fruto divino. Nacía el infante, y desde la cuna empezaban sus hazañas, ora luchando con culebras, ora inventando la lira, ora alimentándose con la leche de una loba ó con la miel de las abejas, ora viniendo el fuego celestial á circundar sus sienes con fúlgida aureola. El resto de su vida correspondía á lo portentoso del principio, y el fin solía ser más bello, si cabe. Ya los dioses envidiosos é irritados le daban muerte; ya enamorados de él se le llevaban al empíreo ó le trasladaban misteriosamente á un paraíso distante, oculto en alguna isla encantada.

El estilo del narrador no tenía necesidad entonces de galas ni de adornos. Mientras mayor era su cándida sencillez, más resaltaban las condiciones sobrehumanas del héroe cuya vida refería. Hoy sucede lo contrario. Ni la fantasía popular inventa prodigiosos accidentes, ni la fantasía singular de un narrador se atreve á inventarlos tampoco. Por

grande que haya sido su héroe, el narrador tiene que contar los sucesos más vulgares de su vida, y aun tiene que entrar á veces en los más prosáicos pormenores.

Considérese, pues, la habilidad suma, la magia de estilo que há menester el escritor, cuando, sin alterar los hechos, sino ciñéndose á ellos con fidelidad escrupulosa, acierta, merced al hechizo de su palabra y á la valentía soberana de su ingenio, á bañar la figura de su héroe en un ambiente ideal y luminoso.

Esto es lo que Castelar ha conseguido en su *Vida de Lord Byron*. Al conseguirlo ha vencido otras muchas dificultades. Hay mil vidas de Lord Byron. Su correspondencia, el diario de sus impresiones, sus dichos memorables, las más insignificantes anécdotas, todo está ya publicado. Sobre sus obras se han escrito infinidad de críticas. ¿Qué atrevimiento es éste, me decía yo? ¿Qué novedad ni qué amenidad, me preguntaba, va á dar el Sr. Castelar á esta nueva *Vida de Lord Byron?* ¿Qué va á decir sobre sus escritos que ya no esté dicho y repetido mil veces? Al leer su trabajo, sin embargo, me he convencido de que es ameno y nuevo. Nadie ha atinado con más arte á fundir al poeta en sus obras y al hombre en sus acciones en una sola y única vida. Nadie mejor que Lord Byron se prestaba á esta fusión. Manfredo es Byron, Sardanápalo es Byron, Lara es Byron, y son Byron Childe-Harold y D. Juan. Como ellos, piensa, siente, habla y obra el poeta, no sólo cuando el numen le agita, sino en todos los mo-

mentos de su existencia. Lo fingido, lo imaginado, lo soñado, es sólo el conjunto de circunstancias exteriores; el tiempo y el lugar de la escena. Ser pirata, rey asirio ó señor feudal y mago ó brujo; vivir en tal ó cual siglo; intervenir como actor principal en tal ó cual acontecimiento trágico y misterioso: á esto sólo se reduce la ficción poética. Lo demás es verdad no menos poética, que se ha dado en la vida de Lord Byron, ora de un modo espiritual en el fondo de su alma, ora tomando cuerpo y forma efectiva. Los amores, sobre todo, no pueden ser más reales. Mirra es la condesa Guiccioli; Astarte, Medora, Haydé, Gulnara, Inés y Julia son otras queridas de Lord Byron y no las de sus héroes fingidos.

Lord Byron, según convienen todos, fué el poeta sujetivo por excelencia. Pinta el mundo, las pasiones, los seres todos tal como los ve dentro de sí. Sus pinturas, pues, son verdaderas y no reales; son los que, en la lengua filosófica en moda, se llaman *noúmenos*. El mismo Lord Byron se veía allá en su mente de otro modo, y no tal como era. No cabe más verdad en todos los personajes de Byron, en las descripciones de Byron, y en el mismo Byron, según él se describe; pero esta verdad no es la realidad.

De algo de esta fantasmagoría hechicera participa el Sr. Castelar al escribir la *Vida de Lord Byron*, y en esto estriban su mérito y el extraño deleite que produce su lectura.

¿Qué gran desgracia real y fatídica hay en la vida de Lord Byron que justifique su melancolía,

su desesperación, la amargura terrible de su alma? Si bien se mira, no hay tal desgracia real, sino desgracia imaginaria.

Su tío, el que le dejó en herencia la dignidad de lord, había muerto á un vecino suyo, riñendo en una taberna, que no son tan plebeyas en Inglaterra como en España. Se debe creer que le mató en buena lid, aunque no había testigos. El muerto era provocador, espadachín é insultante: bien muerto estaba. ¿Por qué había de desesperarse el sobrino por tan poca cosa?

Lord Byron era pobre para lord: más pobres somos otros para lo que somos, y nos vamos conformando.

Su padre había sido buen mozo, galanteador y manirroto. Gastó y consumió las dotes de dos mujeres que le amaron con delirio. Nada hay en esto tampoco de descomunal ni de espantoso, por más que el despilfarro sea siempre lamentable, así como muy digna de recomendación la economía.

No se puede suponer, para crear otra desgracia fatídica, que la madre de Lord Byron amaba poco á su hijo. Antes, á lo que yo entreveo, le amaba y le mimaba con exceso. Muchas de las extravagancias de los primeros años de la vida de Byron; sus orgías en Newstead; la idea de beber vino en una calavera, convertida en vaso; el vestirse á la oriental y otras chiquilladas, prueban que era un señorito mimado, dotado de una imaginación poética, muy inclinada á la melancolía.

Las impiedades de Byron se explican por sus lecturas. Byron en el colegio y en la Universidad

leía mucho y sin método, y tal vez estudiaba poco. ¿Qué libros había de leer á principios del siglo presente, sino los de Voltaire y Rousseau, los enciclopedistas franceses, y toda la literatura libertina, sensualista é inmoral del siglo XVIII?

De sus cualidades personales no se puede inferir que Byron tuviese motivo razonable para ser infeliz. Salvo la cojera, era hermoso de rostro, discreto, simpático, elegante, ágil en todos los ejercicios corporales, y si no robusto, tampoco muy enfermizo.

¿Tuvo Byron alguna gran pasión amorosa desgraciada? Mucho esfuerzo de imaginación se necesita para suponer que la tuvo. Al contrario, todo me inclina á creer que Byron fué de un natural dichoso para esto de los amores. Dotado de una rica imaginación y de una sensibilidad delicada, se enamoraba fácilmente, poetizaba y sublimaba al objeto amado; y si el desdén ó la suerte le apartaban de dicho objeto, no se apuraba mucho y se consolaba con otro. María Duff fué su primera pasión: su pasión purísima de niño. Á la edad de ocho años la amaba. Cuando tenía Byron diez y seis años, le dijo un día su madre que acababa de recibir una carta de Edimburgo, anunciándole el casamiento de María Duff. Byron mismo refiere la impresión que esta noticia le produjo. Fué como el efecto de un rayo. La noticia le dió casi una convulsión; pero fué porque él se imaginaba á María Duff como una sílfide ó una peri, y le chocó mucho que se la trajesen de pronto á la realidad, casándola con un buen señor cualquiera. Por lo demás, Byron tenía bien olvidada como mujer á María Duff, si es que alguna vez la amó como mujer, y no como se ama á un ángel ó á una hada pequeñita, que acude con frecuencia á la memoria, haciendo milagros con una varita de virtudes. Esto no le impidió, desde que jugaba con la niña María Duff hasta que supo su casamiento, tener, por confesión propia, sobre otros cincuenta amores, más ó menos inocentes.

Las relaciones de Lord Byron con miss Chaworth son menos felices; pero ¿hay derecho para ver en ellas una gran pasión desgraciada? «Ella, dice el mismo Byron, gustaba de mí como de un hermanito menor; trataba y reía conmigo como con un chico (Byron tenía entonces catorce años); pero, sin embargo, me dió su retrato, y esto me prestó buena ocasión para componer versos. Si yo me hubiera casado con miss Chaworth, tal vez mi vida entera hubiera sido otra; pero coqueteó conmigo, y su casamiento estuvo lejos de ser dichoso.» Miss Chaworth era de la familia del caballero muerto por su tío, y además bastante rica. Byron dice en su *Diario:* «Nuestra unión hubiera curado la herida y disipado la sangre que derramaron nuestros padres; hubiera unido tierras extensas y ricas (las posesiones de miss Chaworth lindaban con las de Byron), y hubiera enlazado al menos un corazón y dos personas, no desproporcionadas por la edad, pues ella no me llevaba sino dos años.» Los versos que Byron compuso á miss Chaworth, después de casada, son muy lindos y

afectuosos; pero yo, francamente, no los veo nada melancólicos. Hay cierta desesperación afectada, cierta hiperbólica ponderación de sentimientos, cierta petulancia de mozuelo, que, por lo mismo que no puedo yo tomarla completamente por lo serio, me hace más gracia todavía. «Desde que tu forma angélica, dice el poeta, se ha ido, mi corazón no se reposa en ninguna, y lo que antes imaginaba en tí sola, ahora procuro hallarlo en muchas mujeres.» De aquí toma pie para decir que se divierte con mil fáciles amores, y que hace lo posible por vencer su tristeza en las orgías, de donde sale pálido y cansado. Si miss Chaworth se hubiera casado con él, Byron, en vez de entregarse á tan insanas locuras, hubiera florecido en la paz del hogar doméstico. Entonces su corazón no hubiera latido sino para adorarla; mientras que, habiéndola perdido para siempre, la pena, que en vano piensa ahogar en los deportes, infunde piedad á sus mayores enemigos.

Rebajando de esto lo enfático de la poesía, queda un amor, casi infantil también, mezclado con su poco de cálculo de unir las buenas posesiones colindantes del novio y de la novia, y quedan la coquetería de ésta y el consiguiente desengaño del chico. Como apenas hay chico despierto y espigado que, cuando empieza á presumir de hombre, no se enamore por el estilo, de una, de dos ó de tres señoritas ó muchachas, mayores que él, y ya mujeres, que le miran como á un niño, y si coquetean con él por algún tiempo, al cabo le dejan por sujeto más granado y formal, entiendo

que, por exquisita que supongamos la sensibilidad de Byron, no es juicioso afirmar que este incidente, ocurrido, como suele decirse, entre el barbero y la palmeta, determinase el carácter y ejerciese un influjo decisivo en toda la vida del noble Lord, por más que él lo imaginara entonces.

Los amores ocurridos en su primer viaje á España y á Grecia, tendrán toda la sublime poesía sujetiva que se quiera, pero objetivamente son amores estudiantiles; lo cual no les quita cierta poesía de otro género más alegre y jocoso. La bella de Sevilla y la muchacha de Atenas y la Mariana de Venecia eran tres pupileras. No me parece sino que estoy viendo á la pupilera sevillana diciendo á aquel inglesito tan fino, que tenía por huésped:—«*Adiós, hermoso, me gustas mucho;*» y cortándole un rizo con unas tijeras, y dándole otro suyo en cambio, rizo que Byron envió á su madre para que se le guardase, contándole *su buena fortuna* en una carta.

Otro amor, que pudo ser trágico, tuvo Byron ó tal vez algún compañero ó criado suyo en Atenas. Este amor fué con una mujer turca. El marido le descubrió, y ya iban á echar á la adúltera al mar, metida en un saco, cuando Byron pudo impedirlo. Esta aventura inspiró al poeta su poema titulado *El Giaour*.

De vuelta á su patria, y después de publicar los primeros cantos de *Childe-Harold*, Lord Byron llegó al apogeo de su celebridad: aquélla fué la época más brillante de su vida. Sus amores de entonces con una literata, que se vistió de lacayo

para perseguirle, que dió muchos escándalos, y que, desdeñada ya, intentó suicidarse de un modo ridículo, si tienen algo de desgraciados, la desgracia fué para la infeliz mujer; para el amante sólo hubo la molestia de verse perseguido.

Casóse luego nuestro poeta, por más que se quiera idealizar el negocio, por conveniencia y razón de estado. Como era natural, á poco de vivir juntos marido y mujer, ya no podían sufrirse. Lady Byron trató piadosamente de probar que su marido estaba loco y de meterle en un manicomio. Unidas éstas y otras demostraciones de afecto al mal estado de la hacienda conyugal, estado que llegó al extremo del embargo por usureros y acreedores hasta de los muebles de la casa en que vivían, dieron por resultado la separación de ambos esposos. Censurado Byron agriamente por la sociedad elegante de Londres, que, según es uso de todas las sociedades elegantes, siempre censura al que se queda sin dinero ó al que no le tiene, determinó expatriarse segunda vez.

En esta segunda peregrinación tuvo Byron amores con una panadera veneciana, que está retratada como su Fornarina. Dicen que era hermosa; pero hubo de ser un tremendo marimacho, capaz, como afirmaba Sancho de Dulcinea, de sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante.

Yo comprendo, á pesar de todo, la fascinación que en un poeta extranjero puede hacer una moza italiana por el estilo, á causa de lo peregrino y raro del lance, á causa del encanto del color local. En Nápoles viví más de dos años con otro ilustre poeta, y en la ancha plaza que formaba la célebre ribera de Chiaja, delante del palacio en que vivíamos, solía acudir, todos los domingos y demás fiestas de guardar, una pescadora llamada Lucianela, de lo más andrajoso, sucio y desgreñado que puede imaginarse; pero tenía Lucianela mucha soltura y gracia en los movimientos. Casi siempre venía acompañada de uno á modo de sátiro, que tocaba la flauta; y al compás de esta música, y quitándose primero los zapatos, que le estorbaban, y que sólo llevaba para mayor lujo en los días festivos, y repiqueteando las castañuelas sonoras, nos bailaba lascivas, tempestuosas y alegres tarantelas. El egregio poeta se fingió enamorado de esta ninfa, y le compuso los más lindos sonetos que, en mi sentir, hay en sus obras. Allí le dice que no hay dama que la iguale en hermosura, en discreción y hasta en decoro; que arde y muere por ella de amor; que con redes invisibles enlaza más corazones que pescados enlaza su marido en las visibles de su oficio, y otros mil primores y encarecimientos apasionados. Yo le decía al poeta, que era además un aristocrático personaje:—«Pero ¿es posible, señor duque, que le guste á V. esa vaca sin cencerro?»—El duque contestaba:—«Ya verá V. cuando publiquen mis *Mujeres ilustradas*, como han publicado las de Byron, Goethe, Shakespeare y la Biblia, ya verá V. qué Lucianela perfectísima y divina saca á relucir el grabador.»—Esto me dejaba convencido; y desde entonces he sospechado que la Fornarina vene-

ciana de Byron, sobre poco más ó menos, debía de ser bastante parecida á nuestra Lucianela, bailadora de la ribera de Chiaja, si bien algo menos desaseada, pues el poco aseo de Lucianela, ni en el duque, ni en Byron, ni en otra persona medianamente pulcra, hubiera podido consentir amor que no fuese ideal, remoto y contemplativo.

Los amores con la condesa Guiccioli ya fueron otra cosa. Ésta fué la buena fortuna de Byron. La condesa era joven, hermosa, elegante, discreta, instruída sin pedantería; una mujer, en suma, digna del poeta, en quien podía hallar reposo su fantasía, bastando el oído y la vista para la contemplación y percepción real de la belleza del cuerpo y de la mente.

También estos amores duraron poco; pero durasen lo que durasen, hubo en ellos poesía real.

Byron se fué á pelear por la libertad de Grecia, y allí murió á poco, á la edad de treinte y seis años, dejando multitud de obras inmortales, hijas de su estro fecundo; admirado y celebrado como uno de los más grandes poetas de este siglo en todas las naciones europeas.

El Sr. Castelar casi se desespera de que la condesa Guiccioli no se diese muerte al saber la de Byron, ó por lo menos no se metiese en un convento. Esto hubiera sido más estético, más artístico, más dramático; pero la condesa, que ya estaría cansada de Byron, como Byron de ella, aun antes de separarse, si bien hubo de pensar que morir ó retirarse á la vida penitente era lo más bonito, no quiso, como vulgarmente se dice, sufrir cochura por hermosura, y se quedó en este valle de lágrimas, donde parece que vive aún, casada en segundas nupcias con un marqués francés, rico y bueno, que, si no le compone versos, le proporcionará toda la poesía substancial y confortable que por dinero se obtiene en cualquier lugar, y más que en ninguno en aquella amable, hospitalaria y dulce Babilonia de las márgenes del Sena.

En los demás lances de la *Vida de Lord Byron*, que no fueron amorosos, tampoco descubro nada de extraordinario que baste á justificar su inmenso dolor. El inmenso dolor tuvo, pues, causas metafísicas. Para descubrirlas, es menester penetrar dentro de la obscura conciencia del poeta, al través de la encantada selva de aventuras de todos sus héroes, un tanto cuanto patibularios. El señor Castelar penetra de este modo, hace esta incursión atrevida, y en ella luce toda la riqueza de sus pensamientos y toda la arrebatadora abundancia de su artística palabra. No acierto á decir más en elogio del Sr. Castelar, si bien lo que digo me parece poco, frío y sin fuerza.

Mi admiración por el Sr. Castelar no ha de confundirse, sin embargo, con mi consentimiento. Una cosa es admirar y otra consentir, y yo no consiento en casi nada de lo que el Sr. Castelar cree y sostiene.

Quiero dar por seguro, porque sería muy largo de probar lo contrario, contra el testimonio mismo de Byron, que Byron fué tan infeliz como afirma el Sr. Castelar; que nada hubo de ilusorio y mera-

mente poético en su desesperación; que Byron real, y Manfredo ideal, forman una ecuación perfectísima; que el gran poeta estaba poseído, era un verdadero energúmeno; pero no induciré de aquí una tesis general, ni convendré con el Sr. Castelar en que todo *genio* esté también poco menos que endemoniado. Será menos poético, menos sublime; será todo lo que se quiera; pero yo no acierto á entender por *genio* sino una palabra enfática, una metáfora con que se designa el mayor desarrollo, la mayor armonía y la mayor actividad y brío de las facultades del alma, que sirven para hacer ó decir grandes cosas. Y por cierto que siendo un privilegio envidiable, un don del cielo, una verdadera bendición de Dios, no concibo cómo ha de equipararse con una monstruosidad ó con una enfermedad.

La doctrina del Sr. Castelar en este punto viene de tan antiguo, que ya Demócrito la sostenía, excluyendo del Parnaso á los que estaban en su juicio, y admitiendo sólo á los locos. La poesía para Demócrito viene á ser una locura, y toda locura tiene algo de divino. A pesar de la venerable antigüedad de la doctrina, yo me rebelo contra ella.

Para mí Byron fué un gran poeta, á pesar de sus extravagancias y melancolías, y no por sus melancolías y extravagancias. Á docenas se contarán los ingleses, y aun los españoles, que hayan hecho más disparates que Lord Byron, que se hayan creído ó hayan sido tan desgraciados como él, que hayan tenido un *spleen* más negro, y que no hayan compuesto una mala copla y hayan sido tontos de solemnidad durante toda su desastrosa vida. Ni la tontería ni el genio están en razón directa ni inversa de la felicidad ni del infortunio.

Aunque hiciésemos una estadística de los hombres que se cuentan en el número de los genios y resultase que habían sido más los desdichados que los dichosos, esto no probaría que era condición esencial del genio la desdicha, sino que, en general, todo sér humano, *genio* ó no, tiene más motivo para ser desdichado que para ser dichoso.

El *genio* debe de hallar un gran consuelo en ser *genio;* pero el que no lo es, y rabia, y se aburre, y se desespera, ¿en dónde hallará consuelo?

Se objetará que el *genio* comprende mejor la miseria de la condición humana, la vanidad de la vida, la imperfección de la ciencia, etc.; pero todo eso es tan claro que nadie necesita calentarse mucho la cabeza para comprenderlo y sentirlo. Se objetará además que el genio tiene un ideal, y que el tonto no le tiene; y que lo inadecuado y discrepante de lo ideal con lo real hace la desgracia. También éste es un sofisma: no hay tonto que no tenga, no un ideal, sino millón y medio de ideales inasequibles y en perfecta disonancia con lo real. La diferencia está en que el ideal del tonto le sirve sólo de tormento y no de consuelo, porque no acierta á revestirlo de una forma bella y luminosa, allá en su turbia imaginación, mientras que el *genio* da cuerpo, sér y vida al suyo en la portentosa mente, donde, si acierta á encerrarse, puede gozar deleites soberanos.

La concepción y el parto de las obras del *genio*,

aunque no lo sé por experiencia, no creo que sean dolorosos, como el Sr. Castelar supone. Por analogía infiero yo lo contrario, porque antes es para mí un gusto que una molestia componer cualquiera de mis obrillas; y si fuesen algo mejores, más gusto me daría el concebirlas y el darlas á luz. Ni se diga que lo trágico no deleita. Fingido y poetizado deleita más que lo cómico. El terror y la compasión estéticos no son el terror y la compasión reales. Éstos atormentan, aquéllos dan placer: en lo cual consiste lo que llamaba Aristóteles la purificación de las pasiones, objeto y fin de la tragedia. En *Hamlet*, por ejemplo, muere hasta el apuntador, con gran deleite mío, que me conmuevo y desazono sobremanera si veo matar un pollo.

De esta suerte, puede concebirse á Byron gozando muchísimo en la creación de su Manfredo, por más que le unimismase consigo, y teniendo mayor satisfacción mientras más furioso y endiablado ponía á su héroe.

En suma, yo no atino á persuadirme de que un poeta, un orador ó un filósofo, ha de ser por fuerza algo como un desenfrenado coribante ó como un Orestes agitado por las Furias; ni considero que para ceñir la frente de laureles (sobre todo poéticos) sea requisito inevitable llenar el corazón de espinas.

No lo dude el Sr. Castelar: lejos de ser el verdadero dolor origen de la fecundidad mental, acaba con ella. Los dolores que tendrá el Sr. Castelar al componer y pronunciar un buen discurso son fantásticos. Con un dolor real, por pequeño que fuese;

con un simple dolor de muelas, ni diría una sola frase cadenciosa, ni escribiría una sola de sus elegantes páginas. Lejos de presuponer un padecimiento, toda obra de arte ó toda creación del ingenio supone lo que pedía á los dioses el satírico latino: *mens sana in corpore sano;* cuando no una energía de voluntad, rarísima en los míseros mortales, y bastante poderosa para apartar el dolor real, para hacer abstracción de él, en vez de exacerbarle y llamarle, y concebir y ejecutar con su auxilio.

La extraña teoría del Sr. Castelar es la de muchos; pero en nadie la hemos visto tan exagerada. Hay un párrafo donde su crítica literaria, su estética, parece patología interna. Tal ópera ó sinfonía es el resultado de un aneurisma; tal poema es una enfermedad del hígado; tal discurso demostino ó ciceroniano es un ataque de nervios; todo *genio*, en suma, padece una enfermedad mortal: es el síntoma de ella. La gran potencia creadora en la astronomía y en la metafísica, supone por último el Sr. Castelar, no se adquiere sino á trueque de ser un Orígenes ó un Narsetes *a nativitate*. En fin, el Sr. Castelar expresa todo esto con la mayor magnificencia de expresiones; pero ni nos convence, ni nos queremos convencer de que no seamos capaces de poesía, de ciencia ni de arte; de que no podamos ser *genios*, si antes no tenemos alguna buena lesión orgánica ó alguna descomposición de todos los diablos en el aparato digestivo ó en otros más nobles y no menos importantes aparatos.

No es esto negar la coincidencia: es negar el en-

cadenamiento de efecto y causa. Se cuenta del famoso escritor Cornelio a Lapide, que era un idiota cuando chicuelo; pero que habiéndole alguien tirado una pedrada, le acertó á dar con tal tino en la mollera, que le descalabró de un modo cruel. Aquella descalabradura produjo tal revolución en todo el encéfalo, vulgo sesos, que Cornelio se volvió sabio profundo y escritor ilustre, tomando el apellido *a Lapide* para recordar el beneficio de la pedrada. El hecho será certísimo: parece ser que le refieren autores graves y fidedignos; pero no prueba sino una coincidencia. Y si no, apedread á los tontos, y ya veréis cómo se quedan más tontos después de descalabrados.

No obsta lo dicho para que convengamos con el Sr. Castelar en que Byron personifica en sí la agitación, las dudas y la anarquía moral é intelectual de su época. Todo esto se reflejaba en su alma como en un espejo de aumento; pero en este espejo, don de las hadas y de las musas, hasta los horrores del infierno se revisten de hermosura, hasta las tinieblas del caos se bañan de resplandores, hasta los gritos desgarradores de la desesperación adquieren el ritmo melodioso de una música divina, y hasta las contorsiones y visajes de los réprobos tienen cierto agrado. Si este espejo refleja así lo deforme, lo horrible y lo espantoso, ¿qué no hará cuando refleja también, como lo refleja, cuanto hay de bello y de sublime y de armónico en el Universo y en el fondo del alma?

De todos modos, y á pesar de nuestra divergencia en este negocio de los *genios*, vuelvo á declarar que Byron, en mi sentir, ha hallado en Castelar un historiador y panegirista muy adecuado. Castelar es poeta en prosa, como Byron era poeta en verso, si bien Castelar está menos desesperado, á no ser que ahora lo esté, como lo estamos casi todos los españoles, genios y no genios, sin más lesión en los órganos que aquélla con que nos amenazan la inanición y la inopia.

A pesar de esta última, aconsejamos á los lectores que lean, y hasta que compren, si pueden, la hermosa *Vida de Lord Byron*, de que hemos dado cuenta en este prolijo artículo.

Aquí debería yo dejar la pluma; pero está de Dios que muchos de mis trabajos han de tener postdata. Temo no haberme explicado claramente y dar lugar á torcidas interpretaciones. A trueque de repetirme, voy á ver si aclaro el concepto principal.

Lo que yo combato no es una opinión rara, una extravagancia exclusiva del Sr. Castelar, sino una idea que ha estado muy en moda, que siguen muchos aún y que tal vez he seguido yo mismo, cuando me he dejado llevar de mis aficiones románticas. Lo que yo combato no es la verdad tristísima de que existe el dolor en el mundo, sino el aserto de que el dolor sea un requisito indispensable, y en cierta dosis heróica un privilegio del genio.

En la persona más necia pueden darse todos los dolores físicos lo mismo que en la más sabia, profunda y erudita. Hasta los animales pueden ser víctimas de enfermedades crueles, que les hagan

insufrible la vida. Esto no es efecto ni causa de ser *genio*. Con probar lo contrario, daríamos un gran consuelo y una inmensa satisfacción de amor propio á los pobres del hospital y aun á todo sujeto valetudinario, achacoso y cacoquimio. Pero la verdad es antes que tan filantrópica consideración. Puede cualquier prójimo tener dañadas todas las entrañas, viciada y emponzoñada la sangre, careados los huesos y los tuétanos consumidos, y ser además mentecato, aunque no lo bastante para dejar de padecer.

En cuanto á los dolores metafísicos, ya cabe más disputa. El Sr. Castelar no ha hecho más que echar en la balanza el peso de su reputación y de su nombre del lado en que están los de Byron, Leopardi, Rousseau y tantos otros. La melancólica teoría, en su mayor amplitud, está formulada en esta sentencia del *Manfredo:* «El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.» Lo que se deduce de ahí es que mientras más se sabe más se padece, mientras más verdad más infelicidad, y mayor corrupción mientras mayor cultura. Para ser inocentes y dichosos, convendría que los hombres volviésemos al estado salvaje.

Rousseau y Leopardi podían sin contradecirse soñar con tan feroz edad de oro; pero Castelar, fervoroso creyente en el progreso indefinido y omnímodo del humano linaje, no puede soñar con tal cosa, y en efecto no sueña. Su doctrina, muy general en el día, acepta la sentencia de que «El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida;» pero haciendo un distingo no poco arbitrario. Para la

generalidad de los mortales, no hay amargura ni veneno en los frutos de dicho árbol: el veneno y la amargura son sólo, por lo visto, para quien le cultiva. La ciencia parece una cosa excelente y benéfica para la muchedumbre, y un mal horrible para todo *genio* que le hace dar un paso. El *genio* viene á ser un remedo de Prometeo, con su buitre correspondiente que le devora el hígado; un Sócrates que se bebe su respectiva cicuta, y hasta un Cristo con su cruz y su calvario. Sólo á costa de estos salvadores y redentores va progresando la humanidad. Así se cumple, á lo que parece, lo que está escrito de que *la letra con sangre entra.* El proverbio, con todo, lo entiende y aplica el vulgo, no á los maestros, sino á los chicos; y aquí es lo contrario, aquí se aplica á los maestros. Pero ¿no será el vulgo quien tenga razón? Por ejemplo, ¿quién padece más, para quién es el buitre, la cicuta y la cruz, para los *genios* que han inventado la república federal ó para el vulgo de los españoles? A mi ver, para el vulgo de los españoles. La letra de la república federal les va entrando con sangre y miseria.

Si la nueva verdad que descubre un *genio*, ó si la nueva belleza que crea, es en efecto tal belleza ó es tal verdad, ¿qué dolor sentirá el genio por haberla descubierto ó creado? Esto no se me alcanza. Antes sentirá un placer indecible. Si la verdad no es tal verdad ni la belleza tal belleza, no dudo yo que padecerá mucho; pero no por ser *genio*, sino porque no lo es.

Vamos ahora al argumento Aquiles. Dicen algu-

nos que el mayor dolor metafísico es la falta de creencias, y que los tontos ó creen ó se aquietan con las dichas de este mundo sin aspirar á las del otro.

En estas pocas palabras hay varios errores, á cual más grave y peligroso.

En primer lugar, para negar á Dios, desconocer su providencia, no ver orden ni justicia en el mundo, y afirmar que el alma es mortal como el cuerpo, no se há menester un talento soberano. Lo que puede explicarse por mengua ó carencia de facultades, no ha de suponerse resultado de abundancia y de energía. Así como hay creyentes que, de un modo burdo, sin ir más allá del catecismo y aun sin haberle leído, sostienen todos los dogmas católicos y los confiesan con el mismo brío que el Ángel de la Escuela, así hay ateos y materialistas á lo rústico, que, en virtud de una metafísica de cocina, niegan á Dios y niegan cuanto hay que negar. Suponer otra cosa equivaldría á establecer cierta afinidad entre la fe y la ignorante tontería por un lado, y entre la impiedad y la discreción científica por otro. Inútil es probar lo absurdo de esta tesis. Grande es la lista de necios impíos, y no es chico el número de elevadas inteligencias que, desde el albor de las primeras civilizaciones hasta el momento en que vivimos, han creído en un Dios personal, providente y justo, y en la inmortalidad del alma. Tampoco es exacto que mientras el sabio, dada la impiedad, la deplora, el necio y malo se aviene con ella y hasta se regocija, porque, al verse sin Dios, se halla

como el niño sin ayo ó como el galeote sin cómitre. Para que fuese esto verdadero, sería indispensable imaginar, en quien así sintiese, un grado de maldad hiperbólico, y además que hallase en el mundo, ejerciendo esa maldad, la hartura de todos sus apetitos, la satisfacción de todas sus veleidades y la impunidad de todos sus crímenes. Tal vez entonces sería dichoso sin Dios; pero si lo pasa mal en la tierra, si pone duro freno á sus pasiones la fuerza de otros hombres ó la misma inexorable é inflexible naturaleza, será mil veces más desdichado, por necio que sea, que creyendo en Dios, cuya justicia está acompañada de una infinita misericordia, y cuyo amor á los hombres implica hasta para el malo, aunque sea sólo en un instante de arrepentimiento, la consoladora, mágica y omnipotente virtud de la plegaria. Aun para el réprobo empedernido ha de ser mayor alivio y desahogo la horrible blasfemia, insultando al Dios en que cree, que la fría negación cuando no cree en nada.

Infiero yo de todo lo expuesto que el tonto y el ignorante pueden ser incrédulos como el discreto y el erudito, y que, siéndolo, la infelicidad de ellos es igual por lo común.

Por último, la teoría no debe, para ser lógica, pararse donde la para el Sr. Castelar, dando al *genio* privilegios lastimosos. Debe ir hasta donde la llevan Rousseau y Leopardi. Si la razón es contraria á la fe; si la superior cultura destruye las llamadas con impío romanticismo *ilusiones* que nos hacen dichosos; si la ciencia y la poesía están en razón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

inversa, conviene retroceder á las edades bárbaras.

El verdadero progresista ha de creer, así hablando de un individuo como de la sociedad entera, en el crecimiento simultáneo y armónico de todas las aptitudes; en que toda ciencia, toda doctrina, toda invención artística, toda inspiración literaria, cuando son sanas, nacen de un espíritu sano; son un bien y no un mal; una causa y un efecto á la vez de algo dichoso, y no una causa y un efecto á la vez de la desdicha.

DE LA PERVERSIÓN MORAL DE LA ESPAÑA DE NUESTROS DÍAS (1).

CON MOTIVO DEL LIBRO NUEVO «TODO EL MUNDO,» POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

I.

Cuenta la historia que, después de la comida, el duque y D. Quijote se fueron á dormir la siesta, y Sancho acudió á dar conversación á la duquesa, que estaba con sus dueñas y doncellas. La duquesa obligó á Sancho á sentarse junto á sí en una silla baja, rogándole que se sentase como gobernador y hablase como escudero.

Sancho declaró allí que él tenía á su amo por loco, menguado y mentecato. Y la duquesa le contestó, en mi sentir con mucha discreción:

—Pues D. Quijote de la Mancha es loco, men-

(1) Publicado en la *Revista de España* en julio de 1876.